

PB C22-14

# LA MUJER

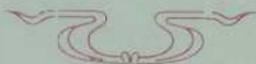
DISCURSO

LEIDO EN EL ATENEO DE SANTIAGO

FOR

ANTONIO LÓPEZ Y CARBALLEIRA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA



TIPOGRAFÍA

DE EL ECO DE SANTIAGO

1910



R.1146

900

XX. 2090

PB 022-14

CB 11030044

TITN 601011

LA MUJER





# LA MUJER

DISCURSO

LEIDO EN EL ATENEO DE SANTIAGO

FOR

**ANTONIO LÓPEZ Y CARBALLEIRA**

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA

---

Edición de la revista ilustrada  
COMPOSTELA.

---

TIPOGRAFÍA  
DE EL ECO DE SANTIAGO  
1910





Antonio López y Carballera.



---

# LA MUJER

## I. Idilio

SEÑORAS Y SEÑORES: Nada más hermoso que la historia de la creación del mundo, cual se nos describe en el inspirado libro del Génesis.

El relato mosaico, sencillo é ingenuo, como fantasía infantil, se reviste de todos los brillantes fulgores de una aurora: aquella es la aurora de los tiempos y de la humanidad.

El palacio está concluido: el planeta suspendido en el espacio, como buque gigante, engalanado con pródiga magnificencia, para emprender rumbo hacia horizontes misteriosos, sólo espera la majestad regia, que ha de conducir á su bordo. En el insondable océano del vacío oscila inquieto: guirnaldas inmensas de vegetación exuberante cubren sus bordas: animales innumerables, de las más caprichosas y extrañas formas

pululan por doquier: el toldo es el cielo azul, que Dios extendió, como dice la Escritura, á manera de tienda de campaña en lo alto.

Y el regio viajero aparece: es el hombre: su corona áurea es el fulgor de la razón, que destella en su elevada frente, y le constituye soberano de cuanto le rodea.

El hombre se presenta sobre la tierra: ha sido consagrado, al tocarle Dios con su dedo divino, para darle el ser, como el genial Miguel Angel le representó en una pintura célebre.

Pero Adán, en medio de tanta muchedumbre y variedad de seres, que por un momento deslumbran sus ojos, en medio de todo el excelso lujo y esplendor de la creación, experimenta una rara inquietud: á primera vista la llamariamos una impresión absurda: cree que está solo. Solo tendrá que lanzarse á efectuar su grandiosa peregrinación á través del tiempo y del espacio.

Dios dice entonces: «No es bueno que se halle el hombre así solo: hagamos quien le acompañe semejante á él.» Dios, como veis, es el padre bonachón y condescendiente, que está espionando el antojo de un hijo entrañable, para buscarle el juguete apetecido.

Bien sabeis lo que entonces sucedió.

Nada más candoroso y poético que las mismas

palabras del libro divino: «Dios envió profundo sueño sobre Adán, y, mientras dormía, tomó una de sus costillas y rellenó con carne el hueco.» Estas palabras encierran hondo sentido: Adán duerme, duerme y sueña como en un éxtasis, como en altísimo arrobamiento: de su costado, es decir, de su mismo corazón, de una palpitación sublime de aquella viscera, brota algo viviente: algo que será su propio ser y, á la vez, un ser distinto: fruto, al par, de su fantasía soñadora y de su corazón amante, coadunados en supremo esfuerzo, para producir lo más bello, lo más delicado, lo más fascinador, la flor más galana por sus colores y por sus perfumes del árbol de la naturaleza.

Fué la mujer.

«Dios, dice el Génesis, de la costilla que había tomado de Adán, formó un acabado y vivo modelo de mujer»: una mujer que fuese representación exacta del tipo, que Adán soñaba en su éxtasis, y que su corazón inquieto buscaba, como adecuado objeto de su impetuoso amor. Terminada la obra, el Señor, gozoso de antemano, al presumir la alegría del hijo antojadizo á la vista del objeto suspirado, tan encantador, que había de satisfacer sus más caprichosas exigencias, se la presentó á Adán.

Este, al despertar, y ante la realidad que se ofrecía á sus ojos, creyóse transportado á nueva región de ensueño, aún más profundo y beatífico, deslumbrado y absorto ante la aparición de aquella Eva radiante, destinada á compartir con él la soberanía del mundo y á ser su dulce compañera: Eva, que era síntesis de todos los atractivos é ideal de todas sus aspiraciones.

Adán sintióse embriagado de dicha.

El Señor, aquel Señor tan llano y amable, que, como dice literalmente el texto hebreo, solía «pasearse por el paraiso tomando el fresco á la caída de la tarde,» sonreía con sonrisa bonachona y condescendiente, ante aquella primera pareja venturosa de soberanos de la creación. Bien podía la creación estar orgullosa de ellos.

La gran nave de la tierra, en que se hallaban embarcados, zarpó con tan augustos viajes, enderezando rumbo hacia lontananzas desconocidas.

## II. Definición

Desde entonces el hombre ya no estuvo solo.

En sus gozos y en sus tristezas, en sus empresas y sus luchas, en sus dudas y sus esperanzas, siempre tuvo á su lado esa visión bienhechora y enigmática, que va siempre en su compañía, que le sigue á todas partes, llenando siempre el vacío de su soledad. Con la particularidad de que esta visión confortadora, no sólo le acompaña, sino que llena todas las exigencias, que el hombre siente en sí. Ella es bálsamo suave para todas sus dolencias; lubricante de todas sus asperezas; excitante de todas sus energías; satisfacción de todos sus anhelos. Es en verdad su complemento, su descanso.

Hada incomparable, que Dios colocó á su lado desde la cuna, desde su aparición en el mundo, como las que describen las leyendas del Norte, para que fuese su perenne protectora. En ella entrevé el hombre un trasunto de plena ventura.

La llamé enigmática; porque la mujer es, sin duda, verdadero enigma. Analizarla es destruirla; no se comprende, se siente. Muchos han escrito libros y estudios sobre ella. Vano empeño; nadie ha podido definirla. Es algo vago, oscuro, variable, indeciso, inaprensible, á la vez insignificante y grandioso, trivial y sublime: una nonada, que es un mundo.

Si quereis penetrar á fondo en su estudio, os encontráis con que es algo superficial, leve, ilusorio; si tratáis de retratar sus apariencias fugaces, os desesperareis, al notar que vuestro diseño es imperfecto; pues, á través de esas apariencias, se vislumbran lejanías profundas.

No hallaréis mejor definición de ella que la genesiaca: «Compañera, auxilio, ayuda, complemento inseparable del hombre: unida á él indisolublemente por el lazo de la unidad en la distinción.»

¿Cómo habéis de llegar á definir la mujer, si no sabéis definir la belleza?

Porque en la humanidad existe hermosa triología: el varón es la *fuerza*: la mujer es la *belleza*: de la unión de entrambos brota, cual fruto de bendición, la fecundidad ó el *amor*.

Ved ahí porqué la mujer se escapa á todo análisis: la belleza analizada se destruye, como

ante el escalpelo huye la vida. La mujer es la belleza en la humanidad, encarnación de la belleza humana.

El impenitente soñador Gustavo Adolfo Bécquer decía á una mujer, en unas cartas que le escribió sobre la poesía: «la poesía eres tú».

Y la poesía no es más que creación bella.

¡La belleza! Hubo un tiempo en que yo me empeñé en descubrir en qué consistía el impenetrable arcano oculto en esta palabra. Entreguéme á prolijas meditaciones, fija la vista noche y día en un solo punto, por si, en fuerza de mirar, como acontece en habitación oscura, lograba ver algo; consulté innumerables autores filósofos y rumié todos sus conceptos; leí muchísimos literatos, por observar sus varias maneras de sentir y expresar lo bello; interrogué al arte y á la madre naturaleza, que, como dijo no sé quién, guarda sin llave sus secretos: acabé por desistir y relegar al olvido tan atrayente como desesperante investigación.

Y cuenta que invertí años en mi empeño pertinaz.

Pues bien: contentémonos, por ahora, con esta flamante definición: «la mujer es la belleza en la humanidad,» con lo cual no habremos definido nada, y prosigamos.

No dejaré de advertir, con todo, que si algo entra en la esencia de belleza es la idea de semejanza, ó de unidad en la distinción. Por algo habla también la Escritura de la semejanza entre el varón y la mujer, *dos en una carne*.

### III. Hembra

El relato de la creación de la mujer, que el cristiano cree inspirado, aunque no fuese más que una leyenda oriental, sería la más poética y filosófica concepción de ese enigma viviente, y de la misión que ha de cumplir en el mundo.

Porque ese ser incomprendible ha sido considerado de muy distintos modos y ha ocupado muy diversas categorías en el curso de las civilizaciones y de la historia.

Hay especial dificultad en asignarle y reconocerle su verdadera significación y, al juzgarle, se han emitido opiniones encontradísimas.

Y á mi se me figura que el relato mosaico bien claramente le señala puesto preciso, al darle el título honrosísimo de «compañera» del hombre, título que es también para ella su más noble, su único timbre de esplendor. El hombre no fué hecho para ella, sino para que, por medio de ella, hallase su ideal: ella, sí, fué hecha para el hombre: no podemos salir de esta palabra: «para hacerle compañía.»

Tres categorías pueden reconocérsele y una de las tres puede ocupar en el seno de las sociedades. De *inferior*, de *igual* aunque subordinada, de *superior* al hombre.

Según los grados de civilización, según los temperamentos de los pueblos, según los accidentes circunstanciales de los países, varía la condición femenina, pudiendo recorrer estos tres peldaños.

Sobre esto habría mucho que disertar y muy largo: porque en este punto se nos atraviesa el llamado *feminismo*, del cual hoy se habla tanto para predicarnos sus teorías. Ni una palabra sobre esto. La emancipación de la mujer, cual la entienden ciertos y ciertas feministas, es un absurdo vestido con la piel de una quimera. Entonces el Adán moderno volvería á encontrarse solo; y la Eva triunfadora ¿sabéis por lo que acabaría?... Por someterse de nuevo al yugo de su dulce Adán.

La mujer *inferior* al hombre.

No me detendré, señores, en recordaros, por que de todos es bien sabido, que ella pasó por esta afrenta, por esta degradación, en que la puso el hombre, oscurecidos los resplandores de su razón y llevado sólo de ciegos instintos brutales. No os repetiré que hubo pueblos, que se

agitaban entre tinieblas de barbarie, los cuales la consideraron como ser inferior, como juguete de las pasiones, y la tuvieron por menos que una esclava abyecta, la tuvieron solo como hembra.

Gloria es, y no de las menos ilustres, del Cristianismo, el haberla levantado de esa miseria, el haberla rehabilitado plenamente, el haberla coronado de todos sus derechos y prerrogativas. Mucho debe la mujer á la Religión del dulce Crucificado. Lo más débil parece haber merecido sus más solícitos cuidados.

Esta flor delicada, que yacía marchita entre el lodo, pisoteada por los pies de todos, fué restituida á su hermosura y colocada en puesto de honor. Y tanto la ennobleció el Cristianismo, que algunos de los pueblos, casi todos, que bebieron la savia de civilización á los pechos de la Iglesia, exageraron la nota, llegando hasta tenerla por un objeto sagrado.

No: la mujer no puede ser hasta aquel abismo rebajada: baldón es para esos pueblos el haber dado tal espectáculo en la historia, y señal de su infima barbarie, aunque aparezcan rodeados de mentidos fulgores de progreso.

Y no creáis que esto ya pasó á la historia.

Mirad, en nuestros días, los pueblos, que han esquivado la luz del Restaurador del mundo.

El concepto que de la mujer tiene un pueblo, da la medida del nivel de su civilización. El hombre, al degradar la mujer, se degrada á si mismo.

#### IV. Virgen

La mujer no es la hembra.

Filosóficamente debe considerarse como en derechos igual al hombre, aunque subordinada á él. Adán exclamaba jubiloso al recibir de Dios tan magnífico presente: «Esta es verdaderamente hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará varonesa, porque fué tomada del varón: por esto, dejará el hombre su padre y su madre y se adherirá íntimamente á su esposa, y serán dos en una sola carne.»

Hé aquí proclamada esta igualdad y subordinación.

La mujer de esta manera queda rehabilitada totalmente y ocupa su puesto en la sociedad humana.

Y desde el momento en que esta hada fantástica es reconocida por el hombre como «compañera» inseparable, ¡con qué sonrientes y puros resplandores riela su hermosura sobre todas las edades; que forman el curso de la humana vida!

Desde ese momento la mujer, que en todo interviene, con su aspecto apacible y mágico todo lo transforma.

Es la suave faz del astro de la noche temblando en las aguas de río majestuoso é iluminando con inquietos resplandores la oscura corriente.

Es la estrella lejana y solitaria, que retratándose en tranquilo remanso, parece no sé qué reflejo de lo infinito.

Examinad su influencia sobre las diversas edades del hombre y notad su peculiar acción sobre cada una de ellas.

Primero es la *virgen*: luego la *esposa*: después la *madre*.

¡Qué tres radiaciones tan espléndidas de lo femenino en la vida!

¡La virgen! Cuando el hombre, traspuestos los linderos de la infancia, penetra en las rosadas regiones de la adolescencia, y mueve su planta entre los jardines frescos y amenos de la juventud, vé dibujarse en bien temprana edad, al principio como una difusa y casi informe neblina, que pronto va acentuando sus líneas ligeramente onduladas, y por fin toma apariencia de niña etérea, capullo de mujer á medio abrir, geroglífico perturbador é inquietante,

que le atrae con el vértigo de lo desconocido y con la dulzura avasalladora de una dicha suprema, vagamente esbozada.

Es la aparición de la virgen.

Y el joven, sobrecogido de placer y de temor, de perplejidad y esperanza, de desasosiego y curiosidad, hace de aquella aparición deslumbradora un ídolo, ídolo en cuyas aras no vacilaría en sacrificarlo todo: sus energías, sus ideales, su misma juventud florida.

¡La virgen! ¡Qué alta la contempla en sus desenfundados ensueños juveniles! ¡Cómo inflama, cual volcán, su fantasía y hace hervir la vigorosa sangre en su corazón y correr, en torrentes de lava, por todas sus arterias!

¡Momentos de delirio, de febril escalofrío!

La visión cada vez aparece más serena, más pura, más sonriente, pero siempre lejos. ¡Cuánto daría el joven por llegar á alcanzarla, por verla cerca de sí!

De este modo la virgen viene á ser su ideal excelso en los días de su primavera.

Y ese joven por hacerse digno de ella será capaz de lanzarse á las más temerarias empresas, á los más ciertos peligros: llegará hasta el heroísmo. Y su indomable robustez y su naturaleza impetuosa y sus bríos casi salvajes, enta-

blarán desesperada lucha, tan sólo por lograr la conquista de aquel sonrosado ideal, de aquella tierna y aérea forma de belleza.

Todos los pueblos han tributado culto á la virgen, como á cosa santa. Ante ella las gentes más guerreras y viriles, más bárbaras y agresivas, han inclinado sus frentes rudas y le han ofrecido sus trofeos y le han tendido sus mantos por alfombras. La han hecho sacerdotisa de sus divinidades y han puesto en su nivea mano la hoz de oro para que ella, inmaculada, ofreciese el sangriento sacrificio.

La virgen ha sido, es y será en el paraíso de la juventud de los individuos y de los pueblos, la Eva seductora, en el instante de presentarse por vez primera á la fantasía quimérica del hombre, ostentando fresca guirnalda de perfumado azahar.

## V. Esposa.

Después, llega un día, en que el joven ve cerca de sí, al alcance de su mano, una dicha no soñada.

La realidad que se le brinda es tan incompatible, que su cabeza le parece delirar, como en acceso de locura, ó en sobreexcitación de embriaguez.

La virgen de sus ensueños es ya suya; ha llegado á poseerla; suya para siempre. Notadlo bien: «suya para siempre». Palabras que son el himno más arrobador de su himeneo. ¡Para siempre suya! Síntesis de todas las armonías y de todos los inefables goces del amor!

En ese solemne momento la mujer sufre nueva metamorfosis. De la noche á la mañana presenta diversa forma; diríais que es otro ser. Desaparece la anterior belleza, pero se rodea de otro nimbo de belleza nueva, no menos glorioso y sugestivo.

La virgen se trueca en esposa; el serafín ex-

celso pierde sus alas y se convierte en la verdadera mujer.

Y entonces el amor, en su genial versatilidad, se dedica á tejer nuevas tramas de encantos y placeres, más íntimos cada vez, y cada vez más sublimes, entre los esposos.

Entonces se realiza la unión, en el espasmo de estrecho abrazo, y la unión es la dicha, la infinita felicidad. «Entonces se unen dos en una carne», como dice la Escritura.

¡Hondísimo misterio! Goce indecible de la distinción en la unidad. Unión que es fuente de la multiplicación ilimitada.

Entonces es verdaderamente la mujer «la compañera» del hombre, y el tálamo es el trono de la soberanía, que con el hombre debe compartir sobre el universo; entonces Adán le ciñe, en vez de la guirnalda de azahar, la corona de oro, cuajada de preciosa pedrería, de reina efectiva de la creación, de la cual es él rey por consagración divina.

Ved cómo la nueva belleza, de que la mujer se reviste, no es menos esplendorosa que la anterior, aunque de ella distinta.

El Cristianismo, de perfecto acuerdo con la filosofía, conserva aquellas páginas áureas, que contienen la doctrina paulina profunda y lumi-

nosa sobre este punto. «La mujer debe estar sometida al varón en todo; pues él es la cabeza: el varón, en retorno, debe amar á su mujer hasta entregarse en alma y cuerpo á ella: debe ofrecerle el holocausto de su amor.»

Hé aquí la más admirable síntesis de las relaciones entre ambos: dos firmísimos fundamentos: de una parte amor sin límites y omnimoda sumisión; de otra, amor sin límites y absoluto sacrificio, sirven de incontrastable base á la unión más grandiosa entre dos seres, que se funden en uno solo, en prolífico lazo.

Timbre incomunicable es de la Cristiana Religión el haber descubierto la ideal forma, de simplicidad augusta, aunque tan velada hasta entonces á los humanos ojos, del contrato matrimonial. Ninguna filosofía auscultó tan sabiamente las entrañas de la santa madre naturaleza, dándose cuenta de las más imperceptibles vibraciones de sus recónditas fibras y adivinando con tan perspicaz clarividencia las misteriosas profundidades de sus senos. La luz, que sobre este contrato primordial proyectó, por intensa y pura, es divina. ¡Qué sello excelso le puso! Unidad indisoluble. Uno con una, por siempre. Aquel «para siempre tuyo,» que es, como hemos dicho, la cifra de la dicha entre dos esposos, es

consagrado por la religión, divinizado por ella.

Ella, la mujer, es ideal de belleza, que se le brinda al hombre y le incita á su árdua conquista. El, que es la fuerza debe emplearse por entero en la conquista de ese ideal. Dándose uno al otro procrean: el egoísmo es esencialmente estéril: sólo de la expansión generosa hacia fuera germina la vida: el amor es la suprema tortura y la suprema dicha: el aniquilamiento y la plenitud de ser.

La unión matrimonial, así considerada, se presenta como la miniatura de un gran enigma.

## VI. Madre.

Por último, esa naturaleza femenina, diamante selecto y único, cuyas facetas varias se muestran á cual más fúlgida é irisada de policromos cambiantes, como creado sólo para encanto y regocijo de la humanidad, aun nos descubre otro nuevo aspecto, de también peculiar magnificencia.

La virgen se hace esposa: la esposa madre.

La maternidad. Otro tema de inagotable belleza: otra noción apenas definible, ni explicable con palabras, porque también es tal su esencia, que rehuye todo análisis pedantesco.

La maternidad no se describe, se siente: no se siente, se vive. Todos los hombres la vivimos y bebemos á raudales sus mieles y sus ternuras en la venturosa edad de la infancia, verdadero paraíso de la vida, donde tan sólo hay luz naciente y cándidas flores, de donde la serpiente del mal está alejada.

Todo ese paraíso, del cual somos más tarde lanzados á los azares de la vida, y cuyas puer-

tas se cierran al hombre para nunca más abrirse y por el que el triste desterrado, en los intervalos de respiro entre constantes ahogos, siente nostálgicas y melancólicas remembranzas, ¿sabéis quién le ha creado para nosotros? El resplandor de un rostro femenino, que en la cuna ya vemos, al abrir los ojos por vez primera, cerne con sonrisa de gloria sobre nosotros; que después sentimos muy cerca de nuestro rostro acariciándole con su contacto, al ser mecidos en blandísimo regazo, como en barquilla de ventura; al reclinarnos sobre unos pechos cálidos y amorosos, como en lecho de flores: ese rostro nos ilumina con su luz, y con su luz reflejada en cuanto nos rodea, nos forma en torno venturoso paraíso.

Nuestra madre nos ilumina y nos alimenta.

Somos pedazos de su alma, de su corazón, de sus entrañas: su vida se trasfunde en nosotros para darnos vida.

En ese paraíso nos abre, como benéfica maga, manantiales ubérrimos de leche y miel, que corren fecundando la tierra de bendición.

Con sus besos ardientes nos comunica su espíritu, su alma; abre nuestro corazón al sentimiento, abre nuestra fantasía á los sueños.

Ella tiene un solo anhelo, una sola ansia.

Hacer de su hijo algo grande: su ambición de gloria para él no tiene límites.

Ella quisiera engrandecer el fruto de sus entrañas, aun á costa de su aniquilamiento amoroso.

Por eso, en el concepto venerando de la maternidad, entra por mucho la idea del sacrificio.

El sacrificio es algo de su íntima esencia, algo natural en ella.

Y he aquí de dónde viene á la madre ese nuevo resplandor de hermosura.

Nosotros debemos ceñir por tal concepto á la mujer nueva corona; deben decretársela, por plebiscito unánime, todas las gentes, todos los pueblos, todas las generaciones. Y de hecho se la han decretado.

No es ya la guirnalda de azahar virginal, aprisionando la destrenzada cabellera espléndida de la blanca virgen; no es la corona de oro bruñido, oprimiendo las sienes de la esposa, de la reina soberana: es corona aun más preciosa, más deslumbradora, verdaderamente triunfal.

¿Sabeis de qué se la tejaremos? De laurel: la corona de laurel es superior á la corona regia é imperial: de laurel son coronados sólo los héroes: toda madre es una heroína.



## VII. Ideal.

¿Acaso creereis que se han agotado todas las formas en que la mujer puede revelarse?

No: aun nos resta no trillado camino que recorrer ligeramente.

La mujer, degradada hasta ocupar puesto inferior, como si se tratase de negarle naturaleza humana y racional, ha sido colocada en la categoría que le corresponde, y la hemos visto siempre magnífica en sus metamorfosis: siempre figurando como fuente de belleza y de hechizos con respecto á la existencia del mortal.

¿Qué resta?

La mujer, esa creación inexplorada y cuajada de sorprendentes vistas y lejanías, aun se eleva á nuevas alturas, aun se abrillanta cada vez más.

Hay una raza no muy numerosa, nómada y vagabunda, cuyos individuos aparecen inesperadamente en el seno de los más diversos pueblos, en medio de las más distintas circunstan-

cias, en épocas caprichosamente inciertas, como fuegos fátuos, como luces estrañas entre el torbellino de la humanidad, que parecen brotar por especial providencia para indicar con fugitivos destellos rutas misteriosas, caminos escondidos á los ojos cecucientes y atónitos de los hombres.

Son esos seres, extravagantes y geniales: piensan y sienten, hablan y obran de manera muy distinta, á veces opuesta, con respecto á los que les rodean.

Seres ensimismados, raros, inquietos, inconstantes, impetuosos; verdaderos locos que no comprenden la vida vulgar y cuotidiana.

A ellos las impresiones les afectan de un modo exagerado: parecen en extremo sensibles, hechos de barro más quebradizo y delicado.

Todas las bellezas naturales son incoloras y opacas á su retina: todas las armonías de la creación, son rudas y monstruosas á sus oídos; todas las sensaciones son groseras y torturantes á sus órganos. Andan solitarios, mudos, cabizbajos, por sendas extraviadas: les creeríais los hombres más infortunados.

Y, no obstante, esos seres huraños y misántropos, sombras errantes en el mundo, como producidas por febril desvarío, son los mortales

más gloriosos y envidiables, son los grandes hombres: llevan, allá en el más oculto repliegue de su atormentado espíritu, una chispa luminosa y candente, que es su embriaguez y su felicidad: en su contemplación siéntense beatos: artistas, literatos, escritores, soñadores: son los genios: esa chispa es su ideal.

Notareis que esos hombres tampoco pertenecen al vulgo en la apreciación de la mujer. Para ellos la mujer compañera inseparable de la vida humana, es algo prosaico y trivial. Ellos no pueden amar la mujer, como mujer: no entienden ese lenguaje. Ellos sólo aman aquel ideal que su mente acaricia noche y día y que los enloquece y absorbe; fuera de ese ideal, no pueden amar más que algo que lo refleje, algo que lo encarne, y sólo podrán amarlo, en cuanto reflejo ó encarnación de su idea.

De aquí, el nuevo engendro femenino, que podemos denominar «la mujer tipo ideal.»

Habreis observado todos una ley bastante general: no diré que no tenga excepciones.

Ordinariamente, esos hombres de que hablo, artistas, literatos, soñadores, son inconstantes en el amor: hoy aman una cosa: mañana la aborrecen: extremados en sus pasiones é inquietos siempre sin hallar sosiego.

En el matrimonio son frecuentemente infieles: su naturaleza les arrastra á mariposear entre flores en variables giros.

Muchos, por el contrario, permanecen austeramente célibes, como anacoretas: muchos castísimos entre marejadas de sensualidad.

O aman mucho, ó no aman nada.

No os extrañen estos fenómenos: todo tiene su explicación: decía Victor Hugo: «el que todo lo comprendiera, todo lo perdonaría».

¿Por qué varían de amor en eterno fluctuar?

Porque su ideal es altísimo y ningún objeto responde perfectamente á ese ideal.

Por un instante han creído ver su encarnación perfecta en una hermosa forma: ciegos se han lanzado en su alcance: entre sus manos se deshizo y se convirtió en ceniza.

Y así, atolondrados, persiguen otra nueva, y otra y otra... ¡es sed de un infinito!

Otros vereis que desprecian todas las formas y ni siquiera se detienen en buscarlas.

A veces, con todo, algunos de estos genios encuentran un trasunto sugestivo y poderosamente evocador de su interno tipo.

Una mujer de carne y hueso pasa á recibir el culto, el incienso y las ofrendas, que en el

santuario de su espíritu el poeta tributaba antes silenciosamente á su divinidad.

Pero aquella no es una mujer de carne y hueso: él la idealiza platónicamente, la purifica con la imaginación de toda escoria y se esfuerza en hallarla semejante al original psíquico.

Lo que le tributa, no es ya amor: es idolatría.

Así hace entrar una mujer en la esfera de lo sobrenatural y le dá resplandores divinos.

¡Cuántas Lauras y cuántas Beatrices así divinizadas!

Ved ahí, en toda su pureza, el último tipo de mujer: la *musa* celeste, perfecta en su belleza, casi incorpórea: casta y sublime: fuente de inspiración desbordada; la que modeló tantos mármoles y bronceos inmortales; la que dibujó con pincel mágico tantos lienzos asombrosos; la que concertó tan inauditas armonías; la que rimó tantas magníficas estrofas de colosales poemas; la que alentó tantas hazañas y heroísmos; la que restauró tantas ruinas; la que trajo á la tierra mensajes de liberación y de esperanzas eternas.

También así presentada ostenta la mujer nuevos honores.

Más aún que el lauro heroico: ahora se cerca

su cabeza de querube con una aureola de vivísimo fulgor: el nimbo de luz que ostentan los serafines: la aureola de lo sobrenatural; algo ya de luz increada.

Es un ser ultramundano.

## VIII. Arquetipo.

Nos hallamos ya á vertiginosas alturas y yo os afirmo, señores, que esta eminencia, con ser tan excelsa, aún no es la última cumbre.

¡Ah! La última es infinitamente superior á ésta: su gloria deslustra todas las glorias que hemos visto desfilár rápidamente hasta ahora.

Hasta ahora nos hemos arrastrado á flor de tierra: tan sólo conatos de vuelo etéreo hemos ensayado.

Ahora debemos arrancarnos por completo al polvo y tender alas de águila para recorrer espacios insondables, atravesar el mundo estelar del espíritu, en que flotan como luceros ó como nebulosas, todos los ideales y entrar en otra esfera, la esfera del más puro éter, donde los átomos son luz, donde comienza el límite de lo eterno y de lo incomprensible.

Allí vamos á sorprender, á atisbar la última creación del misterio femenino: allí vamos á buscar la mujer más perfecta: no ya el tipo sino el prototipo de todas ellas.

Aquí no ya envuelta se nos ofrece en claridad de ideal: aquí es realmente la misma luz divina la que la penetra por completo, como penetra la luz del sol fantástica nubecilla, que se mece en el azul celeste, abriantando sus perfiles con deslumbrante franja de plata.

¡Su nombre es María!

Notareis que al hablar de ser tan perfecto, que, no por hipóbole, sino con exactitud rigurosamente teológica, según Santo Tomás, se dice «tocar muy de cerca los linderos de lo divino,» la palabra humana falla; los colores de nuestras paletas palidecen y se anulan; los iris policromos se eclipsan; y por eso nos vemos obligados á recurrir á un solo color, mejor dicho, á la síntesis de todos ellos, al simplicísimo rayo de luz, para poder expresar lo que queremos de algún modo.

Tenemos que hacer un derroche de luz y fulgores.

La misma Sagrada escritura lo hace cuando nos la pinta como una mujer vestida del sol, á sus pies la luna y en su cabeza corona de doce estrellas.

¡María! Nombre luminoso por sí, que encierra un mundo de colores y cambiantes, de

esencias y perfumes; de ritmos y melodías. Poema de la más alta belleza que sólo Dios pudo componer, al son de la lira eterna, en que vibran los acentos de su Verbo infinito.

¡María! ¡La mujer por excelencia! La inmaculada; cristalización radiante del hálito del Eterno: aurora de bienhadadas esperanzas para el universo.

¡María Inmaculada! Flor eximia, cuya brillante corola se abre para éxtasis de los mundos y de los cielos, formada de la más pura savia del árbol gigante de la creación, producida en un esfuerzo de prodigiosa fecundidad por la naturaleza y transformada por el copiosísimo rocío de la gracia, que sobre ella se derramó plenamente deshecho en perlas diamantinas, para que también llegase á hacer las delicias del Altísimo. ¡María! Florescencia de la vida en su más hechizadora pompa: sonrisa beatífica de la creación. ¡María, la Virgen Inmaculada, la Virgen á la vez madre! ¡Madre de Dios!

De sus entrañas virginales brotó la divinidad.  
Misterios sobre misterios. Luz sobre luz.

¡Rafael, Zurbarán, Coreggio, Murillo!

Divino Murillo, ¿cómo esbozar la suprema belleza de esta mujer, que es su mismo arquetipo?

¡Oh! Murillo es el más feliz de los mortales, porque en una elevación arrebatada de genio, llegó á entrever su forma virginal y milagrosa. Murillo realizó uno de los prodigios más asombrosos en la humanidad, al delinear con grosero pincel y con colores terrenos, lo que apenas encuentra líneas de impalpable nitidez y tonos de celestes irisaciones en la fantasía más sobreexcitada de un soñador.

Yo no he visto el original de este insuperable pintor de lo eterno femenino en su último grado.

Pero he escrito estas líneas teniendo á la vista una perfecta reproducción fotográfica, la más fiel que se ha podido lograr, del portentoso lienzo, gloria de España y honor del mundo.

Creo que los querubines en la gloria no acariciarán ensueños más arrobadores de dicha.

¿Cómo los han de acariciar, si aquella mujer sobrenatural en su sencillo y purísimo idealismo, es la que Dios se formó expresamente para que fuese su amada, su querida, el objeto de sus delicias inexhaustas y perennes?

Los mismos ángeles, voladores y hermosos geniecillos de rizos bucles y puras redondeces, que, en graciosísimos grupos, jugueteando inquietos entre nubes, la rodean, parecen bañarse

en océano sin límites de bienaventuranza, á la sola sugestión de su presencia, ante tan excelso retoño de la raza humana; maravillándose de que savia tan grosera, como es la que alimenta sus raíces en el seno de la tierra, se haya purificado y quíntesenciado hasta el punto de romper en tan portentosa explosión de idealismo celeste.

De lo alto del lienzo baja la luz suavísima: es la mirada de Dios complacido ante su obra.

El globo terrestre rueda á sus plantas como ocultando entre los pliegues del rozagante manto su humilde pequeñez, ante tan augusta excel-situd: es el mundo entero que se regocija al besar como en homenaje de admiración y de cariño, con ósculo amoroso el borde ondulante de su blanca túnica. La creación se enorgullece con la mujer que es su reina, con la mujer que es su gloria.

El recortado segmento lunar, que también aparece bajo su pie, se brinda por presea á tan alta hermosura.

Las sombras se repliegan en un ángulo oscuro, en la parte baja, como horrorizadas de su propia fealdad, ante la que es madre de la luz.

Ella, alzándose gallarda y gentil, lleva sus manos hacia el corazón, cruzadas graciosamen-

te, en expresión seductora de amor, de gratitud, de éxtasis, de ventura.

Y el rostro, aquel óvalo divino, aquella suprema expresión simplicísima y beatífica de toda la belleza femenina, y aquella boca ungida de deleites y ternuras, y aquellos rasgados ojos mágicos, que miran apaciblemente á lo alto y aquella cabellera soberana, que descende sedosa, majestuosamente ondulada, sobre los hombros, son trasunto indescriptible: nadie se da cuenta de lo que expresan ni de lo que son: pues nadie, al contemplar tantos encantos reunidos, puede sustraerse al embeleso.

De aquí, señores, ya no nos es dado pasar.

Olvidemos toda comparación, por poética que sea; olvidemos toda nuestra elocuencia pedante y presumida.

¡He ahí la mujer! No una mujer excelsa: sino la mujer por excelencia.

El más universal arquetipo femenino.

La mujer divinizada: elevada á la gloria de la apoteosis.

Por eso notareis que ya no tiene corona, no tiene diadema, ni siquiera nimbo de resplandor en torno á su cabeza.

No serian ya para ella las más altas magnificencias, sino glorias postizas: ella misma es

---

encarnación de toda gloria, de toda hermosura,  
de toda magnificencia.

Mujer arquetipo, porque de ella tomó carne  
el Ser divino.



## IX. Epílogo.

He terminado.

Siento que la nota final, que yo he puesto á este solemnisimo acto, dedicado por el Ateneo á la Inmaculada, haya sido la más deficiente y pobre, entre tan brillante concierto de letras y de armonías, verdadero alarde de poesía y de arte, hecho por tan distinguidos maestros.

El público selecto, que tan amablemente me ha acogido, á pesar de mi oscuridad, comprenderá que, no por presunción mía, sino por indeclinable compromiso, me he visto reducido á desempeñar, con harto embarazo y contra toda ley, esta honrosísima comisión.

Gratitud sincera debo al Ateneo y á vosotros.

Como síntesis de mi ligera disertación sobre *la mujer*, sólo os diré:

Esa creación original, que llamamos Eva ó mujer, satisface enteramente los ensueños de la fantasía y las aspiraciones del corazón del Adán

para quien fué creada: parece haber sido producida para ajustarse á la medida de esos ensueños y aspiraciones. Según decíamos, es como fruto del sueño y de la corazonada de aquel primer hombre en el paraíso.

Ella, pues, representa para el hombre la encarnación perfecta de un ideal.

Si me argüís que ese ideal es tan sólo relativo, os lo concederé: mas haciéndoos observar, que á través de ese ideal relativo, perfectamente realizado, entrevemos indudablemente destellos del ideal absoluto, en cuya busca peregrinamos, y en la realización palpable del uno, vislumbramos seguridades venturosas, de que el absoluto también se ha de realizar.

Así, aun filosóficamente, la mujer, precioso presente que Dios hizo al hombre, puede considerarse como misterioso y espléndido símbolo de una suprema felicidad.

HE DICHO.

*Compostela, 19 de Diciembre de 1909.*







DEL MISMO AUTOR

---

MISTERIO DE LA TRINIDAD. — *Ensayo teológico.* — 1908.

SAN ROSENDO. — (SIGLO X). — *Estudio histórico.* — 1909.